

Psicología social comunitaria en tiempos peligrosos

Almeida Acosta, Eduardo

2017

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3974>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



Fotografía: Destrucción de Sodoma y Gomorra por Laurens

Psicología social comunitaria en tiempos peligrosos

📄 **Eduardo Almeida Acosta.** Doctor en Psicología Social Cornell University. Profesor investigador del Departamento de Ciencias de la Salud de la Universidad Iberoamericana Puebla.

Resumen

La vida humana sobre la tierra está en peligro de extinción. El centro de la amenaza radica en el capitalismo que ha desarrollado una psicología de élites que afecta los niveles de vida de la mayoría de la población, genera la ruptura entre los seres humanos y el planeta Tierra y está en la base de la inconciencia de los que han acaparado el poder. ¿Qué hacer frente a este infierno de inseguridad, miedo, e impotencia? Todo esto implica, entre otras soluciones mayores, una reestructuración de las ciencias sociales, una psicología que permita hacer durar y darle espacio a eso que dentro del infierno no es infierno, una “psicología para la sociedad”, no sólo para el individuo, como lo propone la Unión Panafricana de Psicología en su Primer Congreso en 2017, y como lo indica este escrito: una psicología social comunitaria.

Palabras clave: psicología comunitaria, convivir, compartir, cuidar.

“No desviar la mirada, acabar con la amnesia ecológica”, así se expresa Naomi Klein en su libro *Capitalism vs the Climate. This changes everything* (2014). De hecho Naomi se acusa de haber negado el cambio climático durante mucho tiempo, sin reaccionar frente a esta crisis mundial, que exige un cambio radical de nuestros estilos de vida, del manejo de la macroeconomía, de la atención a los niveles de vida de la mayoría de la población. El bienestar de los pocos y el malestar de los casi todos está detrás de esta crisis propiciada por una psicología de élites que impera en los países ricos y en los países pobres. El núcleo central del problema tiene relación con el funcionamiento abusivo del capitalismo, los cambios abruptos, potencialmente irreversibles y masivamente destructivos del incremento de las temperaturas globales y la inconciencia de los que han acaparado el poder.

Como señalaron, desde 2010, John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York en su libro *The Ecological Rift. Capitalism's War on the Earth*: “Una ruptura potencialmente fatal ha surgido entre los seres humanos y el planeta Tierra, que emana de los conflictos y contradicciones de la sociedad capitalista moderna” (14). La humanidad está alienada, por este sistema, de la naturaleza y de sí misma. Hay tres límites planetarios: el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la pérdida del ozono estratosférico, que forman parte ya de la ruptura ecológica y hacen que la humanidad esté existiendo en gran peligro de extinción por degradación irreversible de condiciones de vida en el planeta.

En este continente americano lo que sucede en la Amazonia es un grito de alarma, como describe François Houtart (2015) en un texto escrito en Caracas, el 12 de diciembre de 2014. Está en proceso de degradación esa amplia geografía de 4 millones de kilómetros cuadrados que incluye a 8 países, 33 millones de personas y 400 pueblos indígenas, el 50% de los bosques tropicales del planeta. Tiene el 20% de su selva destruida, 20% afectada y 40% que se volverá sabana en 40 años. Políticas de países de diferente ideología están destruyendo esta zona, los neoliberales explotándola, los progresistas afectándola por políticas sociales que descuidan lo ecológico, otros combinando estos efectos. En Brasil, en 2013, fueron desforestados 763 mil kilómetros cuadrados. En el Putumayo de Colombia se da la explotación petrolera. En Ecuador se abandona el proyecto Yasuní que preservaba una importante región indígena. En muchas zonas se encuentra explotación de minas, represas hidroeléctricas, monocultivos de soya y palma, producción masiva de desechos contaminantes. En síntesis, destrucción de medios de vida, expulsión de seres humanos de sus tierras, colonización de territorios, criminalización de protestas.

¿Seguiremos desviando la mirada o vamos por fin a acabar con la amnesia ecológica? Como expresan Foster, Clark y York (2010: 118-119) ya es tiempo de la revolución ecológica que exige la restauración de comunidades humanas genuinas (y comunidades de comunidades). Un concepto de comunidad que se refiera a un orden social de características comunales que incluya la participación colectiva en la toma de decisiones, un sistema de igualdad sustantiva, de fuertes lazos colectivos que disuelvan el intercambio económico individual, con un gran sentido del lugar y una ética comunitaria, una ética de la tierra, de la ecología.

Una ruptura potencialmente fatal ha surgido entre los seres humanos y el planeta

Tierra, que emana

de los conflictos y

contradicciones de la

sociedad capitalista

moderna.

¿Seguiremos sin reaccionar en México en donde, como en la Amazonia, las mineras, las represas hidroeléctricas, los monocultivos, los desplazamientos humanos, la corrupción, la impunidad, los criminales organizados y las élites cínicas y coludidas están a la orden del día? ¿Seguiremos hablando de bienestar en un país en el que los salarios de diputados, de jueces, de gobernadores, de políticos de niveles medios, altos y muy altos son fuera de toda medida y en donde el salario mínimo actual es de \$80.04? Un país en donde la desigualdad ha existido durante siglos y se acrecienta día con día. ¿Cuántos mexicanos pueden darse el lujo de “prevención y estilos de vida saludables” (Tena, 2015), de atender a su salud, de aprender con calidad a leer y escribir, de tener una vivienda digna, de vivir relaciones interpersonales sanas, de dialogar con uno mismo?

Vivimos tiempos de violencia y de inseguridad, y el miedo se ha vuelto una experiencia cotidiana para demasiados seres humanos.

Vivimos tiempos de concentración de la riqueza y de manifiesta desigualdad (20% de mexicanos pueden vivir con ostentación y 30% padecen desnutrición).

Vivimos tiempos de amenaza a la existencia de nuestra especie por el cambio climático; a la supervivencia de sociedades enteras por las guerras, la miseria, los desplazamientos, la violencia criminal; a la integridad física y a la dignidad personal de la mayoría de la humanidad.

Vivimos tiempos de individualismos que aíslan, crean soledad, desamparo, ansiedades; tiempos en que se socava la solidaridad.

Esto es el infierno de aquí y ahora, que habitamos todos los días, que tal vez no queremos ver, que propician los políticos y los dueños de la riqueza, que padecemos todos, pero sobre todo los indígenas, las mujeres, los jóvenes y los niños.

¿Qué hacer en este infierno en el que los que detentan el poder desdeñan los riesgos de extinción en los que estamos?

¿Qué hacer en este infierno, en el que la corrupción de los que capitalizan el poder genera un ambiente de asco? ¿Qué hacer en este infierno en el que la impunidad de los que controlan la economía producen una atmósfera de vergüenza? ¿Qué hacer en este infierno en el que el llamado “estado de derecho” equivale a una amenaza constante, a una sociedad del miedo? ¿Qué hacer para no dejarnos abrumar por tanta angustia?

Necesitamos contribuir a construir lo que no es infierno dentro del infierno. Son los esfuerzos por recrear tejido sociocomunitario; por crear **compañía**, por **no estar solos**; por crear lazos sociales fuertes y flexibles que nos ayuden a mantener apertura mental, a vivir con humildad y confianza.

Se necesitan redes de auxilio, de soporte social, de lucidez crítica para enfrentar adversidades ya sea físicas (terremotos, tsunamis, inundaciones, avalanchas, enfermedades, muerte), ya sea de relación (desgobierno, robo, extorsión, secuestro, desplazamiento obligado, desaparición forzada, mutilación, tortura, violación).

En esta época de digitalización siguen siendo irremplazables las relaciones entre humanos de carne y hueso, cara a cara, en lugares geográficos como espacios de democracia.

Se trata de crear **comunidad** como una entidad socioafectiva necesaria, entre la familia y la organización, como una ecología del desarrollo humano que permita interacciones positivas, capacidad de gestionar el conflicto y de compartir utopías. Como ha dicho Zygmunt Bauman: “Si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, sólo puede ser (y tiene que ser) una comunidad entretendida a partir del compartir y del cuidado mutuo; una comunidad que atienda a, y se responsabilice de, la igualdad del derecho a ser humanos y de la igualdad de posibilidades para ejercer ese derecho” (2006: 147).

Todo esto implica una reestructuración de las ciencias sociales que modifique su relación con la política, como diría Michel Foucault (2008) ha-

blando de la filosofía. Unas ciencias sociales que pongan su práctica a la prueba de la realidad. “Una práctica que encuentre, en la crítica de la ilusión, del engaño, de la añagaza, de la adulación, su función de verdad”. Se trata de confrontar el cinismo de las élites, de manifestar lo verdadero, que no se limita a una expresión verbal arriesgada, en el espesor mismo de la existencia.

¿Qué puedo decir de mi práctica de las ciencias sociales frente a la terrible realidad cotidiana de mis compatriotas? Desde 1959, a mis veintidós años me he visto involucrado en procesos educativos y formativos, e incluso antes, desde mi preparación como educador y como psicólogo. Una inquietud, una actitud constante, ha sido tratar de hacer algo útil para mi país y de confrontar de alguna manera las carencias y deficiencias que alcanzaba a vislumbrar desde los diferentes tiempos y espacios que han ido configurando mis percepciones de los acontecimientos nacionales y mundiales. El campo de la educación me llevó a la psicología y ésta a lo comunitario en cuanto a relaciones sociales de acompañamiento, de transformación de niveles, de calidad y de estilos de vida. Por un tiempo, y ya estabilizado personal, académica y profesionalmente caí en la trampa del “desarrollismo”, es decir, en la oferta capitalista de pretender llegar a los niveles de vida de los países ricos favoreciendo la competitividad individualista y la explotación de la tierra, viviendo en medio de una sociedad urbana alienada con perspectivas que consideraba responsables de la falta de progreso. Sin saberlo mi propuesta partía de la concepción nacionalista liberal de desindianizar el país, de industrializar el medio rural y de hacerlo sin considerar los efectos ecocidas de programas y proyectos de origen gubernamental, empresarial y hasta universitario. Involucrarme con un equipo multidisciplinar, a partir de 1976, que

El esfuerzo con mis colegas ha sido de **“no desviar la mirada”**, de evitar la amnesia económica, cultural y ecológica frente al México amargo en el que vivimos.

propiciaba “una experiencia abierta a la experiencia” me ayudó a ir construyendo, junto a mis colegas del equipo y a campesinos indígenas deseosos de “cambiar el mundo”, una visión crítica, inédita e incierta, de cómo ir transformando un mundo injusto y cegado en un lugar habitable y amigable para la población de esta Tierra. De esa postura surgió la intención y la práctica de ir configurando una intersubjetividad intercultural para los estilos de vida, un afrontamiento de la ruptura ecológica para prevenir desastres y buscar calidad de vida, la búsqueda de un bienestar sencillo para todos para hacer posible mejores condiciones materiales de vida para la humanidad en su totalidad. Desde hace 40 años como Psicólogo Social Comunitario he podido contribuir a incidir, en grado mayor o menor, en esta triple problemática, en unas pequeñas trincheras de este país, en la Sierra Norte de Puebla y en tres enclaves académicos del centro de México. El esfuerzo con mis colegas ha sido de “no desviar la mirada”, de evitar la amnesia económica, cultural y ecológica frente al México amargo en el que vivimos.

¿Cómo hacer durar y darle espacio a eso que dentro del infierno no es infierno? ¿Cómo restaurar mínimos de cordura y de ternura?

Se necesitan tres cosas: una base estructural, un lugar de convivencia, de compartir y de cuidado; una cohesión social sostenida por sujetos que dialogan consigo mismos y con los demás; una conciencia de la propia dignidad por parte de cada uno de esos sujetos.

Esto se construye con base en un pensamiento crítico y de organización comunitaria. Estas son las condiciones para nutrir una acción transformadora que ponga a la naturaleza, al trabajo, al dinero y al conocimiento al servicio de la vida y de la dignidad de todas y todos.

Cuando se trabaja en ser consciente de la propia dignidad y de la de los demás no se puede tolerar, desde el miedo, la apatía y el conformismo, el asco de la corrupción, la vergüenza de la impunidad, y la ostentación de la injusticia.

Si se analizan con cuidado experiencias transformadoras de vida y dignidad, que no han sido o no son infierno, dentro del infierno, se verá que parten de un núcleo comunitario basado en un “albergue” abierto pero seguro, incluyente; de una cohesión social fuerte y flexible de sujetos con clara consciencia de su propia dignidad (Almeida y Sánchez, 2014).

Así fue con el entramado comunitario de Gandhi y Nehru para la independencia de la India; así fue con la red de vínculos de Mandela y los dirigentes del *African National Congress*; así fue con el núcleo comunitario de Aung San Suu Kyi y la LND en Birmania; con los vínculos comunitarios de los zapatistas (EZLN); con los padres de los estudiantes desaparecidos y la Normal Rural de Ayotzinapa; con las fraternidades de Carlos de Foucault, esparcidas por todo el mundo; y con el Proyecto de Animación y Desarrollo, nuestra ONG, y la población de San Miguel Tzinacapan.

“En este conato agónico por la vida digna de todos” (Trigo, 2011), lo importante frente a nuestro mundo en riesgo de extinción, de desigualdad, violencia e inseguridad es construir comunidades abiertas y libres, consolidadas por la humildad al enfrentar la arrogancia que fomenta la desigualdad, y fuertes afectivamente para que en la vida cotidiana no dominen sentimientos de desesperación sino vivencias de convivir, de compartir y de cuidado, arraigadas en la esperanza de vida digna para todas y todos.

Referencias bibliográficas

- Almeida Acosta, Eduardo y Ma. Eugenia Sánchez Díaz de Rivera. (2014). *Comunidad; interacción, conflicto y utopía. La construcción del tejido social*. Puebla: Universidad Iberoamericana Puebla, BUAP e ITESO.
- Bauman, Zygmunt. (2006). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Foster, John, Brett Clark and Richard York. (2010). *The Ecological Rift. Capitalism's War on the Earth*. New York: Monthly Review Press.
- Foucault, Michel (2008). *Le gouvernement de soi et des autres. Cours au Collège de France 1982-1983*. Paris: EHESS, Gallimard, Seuil.
- Houtart, François. (2015). “El cambio climático y la Amazonia: un grito de alarma”. *La Jornada*. Sábado 3 de enero: 18.
- Klein, Noemí. (2014). *Capitalism vs the Climate. This changes everything*. New York: Simon and Schuster.
- Tena Suck, Antonio. (2015). “Prevención y estilos de vida saludable”. Conferencia impartida en la Universidad Iberoamericana Puebla, 29 de enero.
- Trigo, Pedro. (2011). *Countercurrent Subject and Community*. In Eduardo Almeida Acosta, et al. *International Community Psychology: Community Approaches to Contemporary Social Problems*. Volume I. Puebla (México): Universidad Iberoamericana Puebla.